

# El examen

Gabriela Mejía Zavala

¿Cómo suceden las cosas?, no sé. Hay veces que te levantas por la mañana con un plan bien trazado y resulta que algo o alguien te da una mirada y te lo cambia todo... todo.

Esa mañana tenía con mis compañeros de escuela una excursión a Zacatenco, ese viaje era parte del servicio social que serviría para nuestra titulación que era parte del objetivo de nuestros estudios. El premio a los regaños de papá, la angustia de mamá; parte del camino final escolar, los desvelos y la desesperación que da estudiar en una carrera contra la falta de dinero, las ganas de vivir, la sobrepoblación y contra uno mismo.

Entre los organizadores estaba él, Ricardo. Una persona que por su forma de hablar y de expresarse lo hacía alguien diferente, ese alguien que lo cambia todo. Me empezó a atraer, me sentí como un pequeño meteorito atraído por la fuerza gravitacional de un cuerpo más grande; de hecho él era una persona grande, no en años pero sí en estatura y fuerza. Así como en esa forma especial que te hace enamorar de alguien. Adjetivos le hacían falta a mi diccionario mental para calificarlo como la persona ideal.

Sí, nos hicimos novios. Sentí que éramos la simetría con forma humana. Puedo decir tantas cosas de nuestro comienzo, que lo diré sólo en dos palabras: ¡lo amaba!, porque en él encontré las respuestas al por qué de la vida. Fui más feliz, más mujer. Comencé a tener una perspectiva diferente. Es increíble cómo un rato en un hotel te cambia la vida, me arrebató muchos mitos y me regaló una sola realidad. Me dio un segundo inicio que me preparó para la recta final. Pero qué importaba, si esa recta la iba a recorrer con una persona que pensaba igual que yo, le gustaba lo que a mí: las mismas metas y sueños estaban en Ricardo y yo.

El destino (me pregunto si es el destino) me preparaba un cambio en los planes de mi vida, ya lo había hecho una vez al presentarme a Ricardo en aquella excursión. Ahora se venía la fiesta de graduación y de nuevo el destino tenía otros planes en los que esta vez entraríamos Ricardo y yo. El día de la fiesta todo era como lo habíamos planeado, mis sueños estaban viviendo ya no en mi cabeza sino que danzaban conmigo en la pista de baile. Recuerdo la música, las frases que el padre nos dio para seguir adelante, las risas de los amigos y la gente que te quiere, mi largo vestido azul y el diploma, ese diploma que era la llave a otra puerta, ¿qué habría detrás de ella? No sé.

Al final de la fiesta de graduación, esa fiesta que se comparte con los amigos, los padres y los demás graduados, seguía la nuestra, la que nos correspondía festejar a nosotros solos; la de él y la mía. Al fin y al cabo era nuestra noche. No recuerdo los argumentos que utilicé con mis padres para no llegar a casa esa noche, pero todas tenemos algunos para esos casos. Llegamos al hotel, todo iba conforme al plan, era nuestra noche ¿qué podía fallar? Estábamos al final de una primera meta y festejamos como sólo dos jóvenes enamorados pueden hacerlo en una isla desierta donde puedes hacerlo todo. Al menos para mí, ésa es la definición de un cuarto de hotel, una isla desierta.

Como en todo festejo, el plan salió de su argumento y de nuevo cambió todo. Así fue, quedé embarazada. Me hice la eterna pregunta de las jóvenes que quedan embarazadas de sus novios: ¿ahora qué va a hacer de mi vida? ¿Cómo era posible esto? Él y yo apenas empezábamos. El mundo era todo para mí, pero ahora todo plan quedaba paralizado. ¡Estaba esperando un bebé! Ricardo me dio todo su apoyo, pero en mí comenzaba la lucha por la sobrevivencia. Mi vida comenzaba a regirse por la ley natural más drástica, donde el pez grande se come al chico. Era el bebé o era yo, y yo era el pez grande, era mi vida. Yo quería ser diferente, no ser como las demás y sin embargo me vi envuelta en el mismo guión de sus vidas. Lo primero fue preguntarle a quien ya tiene experiencia en esto. Una amiga me llevó a un mundo que no conocía, un mundo con batas blancas que practican lo contrario a los principios de Galeno, batas blancas manchadas con sangre de peces chicos.

Le comenté a Ricardo que había un doctor que podía ayudarnos, no era lo correcto, pero a lo correcto se le antepone lo necesario y yo necesitaba una solución. Una solución que más tarde me enseñó que no hay solución cuando las cosas no se hacen correctamente.

Parte del guión es que nunca hay dinero, pero no sé por qué pero siempre se consigue, y como norma general, sólo lo justo. La naturaleza se las ingenia para no dar de más, ya que con excesos se hacen locuras.

El día programado para el aborto fue un lunes; no desayuné a pesar de la insistencia de mi mamá. Le dije que tenía que llegar a la universidad a arreglar unos asuntos y después a trabajar, que no me esperara. No le dije que lo que tenía que arreglar era mi vida. Comenzaba a mentir.

El plan era irse en auto, pero los planes que habían comenzado rebelándose ya estaban haciendo una revolución. Nos tuvimos que ir en metro. Antes de entrar a la clínica, él, con un escapulario me dio todo su apoyo, me dio fuerzas, me dio el amor, ese amor que me hacía falta en esos momentos. En la sala de espera me di cuenta de que hay que ser muy paciente para ser cliente de un ginecólogo, ¡cuántas jóvenes! Me pregunté cuántas de ellas estarían actuando con el mismo guión que yo.

Llegó mi turno, me desvestí, sólo me quedé con el escapulario. Entró el doctor, con un suero empezó el tratamiento y el miedo a morir. Sabía los riesgos, sabía por lo que podía pasar, aunque mi conocimiento se reducía a mi teoría y lo que les había sucedido a las demás. Pero mi decisión era firme, más firme que mi miedo.

Dormí, al parecer tres horas, ¿qué pasó? no sé. Salimos de la clínica y caminamos en silencio; ahí me di cuenta que el silencio es la plática más profunda que se puede tener, es tanto lo que se tiene que decir, que nos lo decimos a nosotros mismos. Un taxi nos sacó de esa zona, nos regresaba a la que creíamos era nuestra vida. En el interior comencé a vomitar, no sé qué, tal vez era la pena, el taxista preguntó qué pasaba, continué con las mentiras y respondí que era cáncer. La verdad quedaba encerrada en la clínica, en Ricardo y en mí. Al llegar a su casa su papá preguntó qué me sucedía, una tercera mentira para una sola verdad daba como respuesta de que algo en el trabajo me hizo daño.

Ricardo me recostó en su cama, me mimó, sentí nuevamente su apoyo, ese apoyo con el cual te sientes capaz de conquistar al mundo. Llegó la hora de irme a mi casa, de nuevo ese profundo diálogo se dio entre nosotros. Llegar a mi casa tan tarde no era problema, ya que la mentira de esa mañana me defendía de cualquier sospecha.

Al tercer día comencé a bajar de peso, la primera persona en notarlo fue mi tía, dijo: “¡De seguro estás embarazada!” Su experiencia me lo afirmaba, mi visita a aquella clínica me lo negaba. Confiada en ello le dije: “¡Cómo crees, acabo de menstruar!” Una verdad a medias, otra mentira entera.

La necesidad de trabajo, de dinero para no vivir al margen de la sociedad me llevó a un empleo nocturno que no me agradaba, pero me metía de nuevo a este juego que es la vida. Me unía con el resto de la sociedad pero a la vez me distanciaba de él, de Ricardo. Sólo las llamadas telefónicas unían nuestra voz, no hay nada más agradable que escuchar palabras de la persona que amas, y tampoco hay regalo más agradable que un ramo de rosas rojas, que por su color comprometen a quien las da, representan algo así como un anillo de compromiso. Y Ricardo me envió muchas rosas.

No supe por qué, pero mi menstruación se volvió irregular, se lo adjudiqué a mi trabajo de noche: ese horario me estaba cambiando. El cuerpo se niega a descansar de día y se rebela a trabajar de noche; su naturaleza se lo impide. Pero la ciudad es grande y a muchos nos toca alimentarla y darle vida mientras la gran mayoría duerme.

En el cuarto mes después del aborto no menstrué. Tal vez algún retraso, pensé, ya que Ricardo y yo habíamos tomado precauciones para no repetir de nuevo esa historia. Una historia que todavía no terminaba, le faltaba su fin y moraleja.

No menstruaba, de nuevo a consultar a la esperanza, ya que la razón de los hechos anteriores me negaban un embarazo. De nuevo a visitar a ese doctor que tajantemente me dijo: “Estás embarazada”. No le creímos, o mejor dicho no le quisimos creer. ¿Por qué nos aferramos a ver las cosas como queremos verlas? ¿Por qué todo tiene que ser como pensamos? ¿Por qué? El doctor no quiso que entrara Ricardo conmigo

a su consultorio, me quería regañar a mí. Me preguntó casi gritando: “¿Cómo es posible que estés embarazada?” y con esta pregunta, la historia que dejamos inconclusa al salir de su hospital la primera vez, volvía a exigirnos a escena. Pero esta vez nos agarró totalmente desprevenidos. Los planes que habíamos hecho, habían pasado de la rebelión a la revolución, y esta vez a la guerra, y nosotros sin arma alguna.

Yo con mi trabajo nocturno y él con el suyo, no había tiempo para compartir nada, incluso tuve que ir sola a pedir cita para abortar. Después del trabajo fui a ver al doctor, iba sola, sola. Yo sentía algo en mí, sabía lo que era, lo que estaba viviendo pero no lo creía. ¿Cómo era posible que estuviera embarazada nuevamente? Otra vez a matar.

El doctor me dio cita en dos semanas. Salí de aquel lugar. Me sentí sola, completamente sola. Ya que la soledad no es estar sola, sino el contar con el apoyo de la persona que amas. Por instinto me sobé el vientre y sentí cómo el bebé se movía. Le dije al bebé que ahora éramos sólo él y yo. Ricardo sólo me acompañaba en mi imaginación. La decisión más importante de mi vida la estaba tomando yo sola. De nuevo el destino estaba jugando conmigo, ¿por qué?

Otra vez pedí ayuda a una amiga. Llegué a su casa en compañía de otra, una que todos tenemos, una amiga que igual nos saca de apuros que nos mete en otro más grande: la mentira. Le dije que necesitaba dinero para mi tía que tenía problemas. Lo que no dije era que el problema de mi tía era el mío. Le empeñé mi anillo de graduación, sé que no excedía el monto de lo prestado, como en estos casos debe ser, pero era mi amiga; aunque al ocultarle yo la verdad, yo no lo era de ella.

Nadie había notado mi embarazo (ni yo me había dado cuenta en un principio). Llegó la Navidad con ese bebé en mi vientre y llegó Año Nuevo junto con una llamada de Ricardo; me dijo que todo iba a cambiar, que lucharía para ser mejor. Pero era Año Nuevo ¿cuántos propósitos tenemos para cada nuevo año? Yo también he tenido los míos, pero nunca los he cumplido y Ricardo no iba a ser la excepción. Llegó el día para ir con el doctor para pedir la cita definitiva, las fiestas de fin de año no habían permitido hacerlo antes, la vida social se antepone siempre a los secretos.

Se pactó la fecha. Ricardo y yo nos reunimos en una estación del metro; de nuevo el diálogo sin palabras nos consumió camino a esa clínica. Al llegar, el doctor me guió a una sala de operaciones diferente a la de la primera vez. Todo era distinto, la cama, el ambiente, los instrumentos, sólo se repetía el escapulario. Me inyectaron la anestesia, suero y no sé qué líquidos más. Cuando el doctor me empezó a trabajar algo me picaba, me lastimaba y me dolía. No me anestesió totalmente, quería que sufriera; de repente cambió su expresión y me preguntó: “¿Pero cómo te atreves a hacer esto?, ¡si este bebé ya tiene cinco meses!” No, no lo podía creer, si hacía cuatro meses que me practiqué el primer aborto. ¿Cómo era posible que el bebé tuviera cinco meses? El doctor me gritó: “¿En qué problema me ibas a meter? confíe en ti ¡me dijiste que sólo tenías un mes!” Yo tampoco entendí qué pasaba. Me colocó un aparato para oír su corazón; en efecto, lo escuché, oí sus golpecitos como un anticipo de la alegría de la vida, un concierto de baja intensidad que decía en sus notas: soy parte de ti.

El médico me preguntó: “¿Cómo es posible que no te dieras cuenta que son cinco meses?” Una pregunta que a la fecha no he respondido.

Ricardo estaba desesperado, pues su futuro dependía de un médico abortista. Esa tarde no fuimos a mi casa, nos encaminamos a un hotel. Al llegar, la gran guerrera que él veía en mí, la mujer de la fuerza grande, la mujer de la decisión firme, lloró. Sí, lloré. Los grandes guerreros han llorado sus derrotas, y yo estaba vencida. Cinco meses de un embarazo inesperado me habían aniquilado. Las perspectivas cambian, el mundo toma otra forma, ese hotel ya no era una isla desierta, era una zona de mil pendencias. Le hice saber a Ricardo de los cinco meses del embarazo, él, con miedo y sin palabras me preguntó: “¿Por qué?” No se lo explicaba.

Inmediatamente hizo cuentas a partir del aborto, tenía en aquel entonces un mes de embarazo, más los cuatro que habían pasado sumaban los cinco actuales. ¿Sería posible que el doctor no hubiera realizado bien su trabajo? Tal vez.

Tenía ganas de bañarme, al empezar a desnudarme noté mi vientre más grande. Acepté la realidad, el doctor no había podido lograr el

aborto la primera vez. Tres horas en su clínica no habían servido para luchar contra la información que todos llevamos en nuestros genes, vivir. Su experiencia médica no había podido contra los cuatro mil millones de años de evolución de la vida. ¿Era un milagro? No, era la lucha por la sobrevivencia, lucha por la cual los seres humanos también estamos aquí, y mi bebé a su vez pedía su participación. Traté de recordar cómo empezó todo esto, desde que no podía lavarme los dientes porque me daba asco hasta el dolor de mis pechos, los mareos, no sé, tantas cosas. La Naturaleza me estaba preparando y avisando de la presencia de ese bebé en mi vientre. Ella hacía lo suyo mientras yo no me daba cuenta. Salí del baño, noté que la toalla ya no me cerraba. En sólo unos instantes el vientre se me hinchó como si el bebé me dijera: "¡Aquí estoy!" mientras en mi inconsciente le decía: "¡Pues yo no!" me recosté en la orilla de la cama e intenté taparme con una parte de la sábana que salía del borde del colchón, no alcanzó a cubrirme, el vientre se lo impedía. Daba la impresión de que el bebé no quería taparse, de que quería ver lo que pasaba. Ricardo se arrodilló, besó mi vientre y le pidió al bebé: "Dile que ya no llore, que se ve fea llorando. ¿Sabes? por ti voy a tener que trabajar, tendré que dejar a mis amigos, todo esto voy a hacer por ti. Tú por mí dile que ya no llore". Ricardo se recostó en mi vientre, el bebé se movía, parecía que entendía y ¿a quién no le agrada saberse querido?

Al día siguiente llegué a casa de malas. Gritaba, mi madre no entendía el porqué, de saberlo, la que hubiera gritado sería ella. Llegó la noche, ante la magnitud de mi problema ya necesitaba un cómplice: mi tía. A fin de cuentas fue la primera en sospechar de mi embarazo, además era enfermera. Le conté lo sucedido, también a ella se le hicieron increíbles los cinco meses. Su primer consejo fue que me hiciera un ultrasonido antes de hacer algo más, una opinión muy prudente.

Por la mañana Ricardo me esperaba para ir con el médico abortista; éste nos recibió con una cara de ¿ahora qué quieren? Nos mandó a realizarme un ultrasonido. Mi tía no se había equivocado. Llegamos al laboratorio, aún no había servicio.

Caminamos cerca del lugar; al pasar por un poste, Ricardo me tomó de los brazos y me preguntó si quería tener al bebé, no sabía qué contes-



tar. Responder “sí” era lo más prudente, lo más razonable, lo que la diplomacia y la moral me decían era lo correcto. Responder “no”, era lo más ilógico considerando los cinco meses, lo más estúpido, lo menos razonable, pero en el fondo era lo que más queríamos. No respondí, mi miedo e inexperiencia me hicieron callar. Llegamos de nuevo al laboratorio, ya nos estaban esperando. El doctor hizo los preparativos necesarios, tomé mucha agua. Comenzó a trabajar, el doctor empezó una búsqueda, una muy larga búsqueda. Lo vi muy temeroso, nos miraba y continuaba buscando. El silencio era total, hasta que lo rompí para hacernos unas preguntas: “¿Ustedes son casados, a qué se dedican, qué es lo que han hecho?” No hace falta que te griten para recibir un regaño, unas cuantas preguntas duelen más que mil bofetadas. “No doctor”, empezamos a responder “no somos casados, tenemos la Licenciatura en Turismo y no hemos logrado aún nuestros objetivos. ¿Por qué, doctor?” preguntamos, a lo que él respondió: “Están en un gran problema”. No entendimos nada; media hora de búsqueda sólo nos puso nerviosos. Antes de responder continuó su búsqueda explicándonos: “Ésta es su columna vertebral”, mientras señalaba al monitor, “aquí se encuentra la pelvis, sus brazos, sus piernas... ¡pero no encuentro su cabeza!” Ricardo y yo nos miramos. Sentí frío, mucho frío, demasiado frío. El doctor se angustió, tal vez le pesaba el silencio que teníamos de no saber qué decir. De nuevo hizo un recuento del cuerpecito y de nuevo terminó diciendo y confirmando la fatal noticia: “¡No encuentro su cabeza, no la encuentro!...” y no la encontró.

Fui al baño mientras me entregaban el ultrasonido. Ahí había un espejo, me miré. En silencio me pregunté repetidas veces: “¿Por qué estaba pasando por esto, por qué a mí?”

Con el resultado nos dirigimos al médico abortista. Éste, al verlo exclamó: “¡En la madre! ¿Qué es esto, ahora cómo voy a sacar esto? ¡Va a ser un desmadre!” Escucharlo me dio mucho coraje, por culpa de él estaba pasando por esto. Le quise recriminar, pero la parte de culpa que me correspondía me detuvo. Su falta de ética se fundía con la mía, la mía que era la más importante. Envuelta de coraje aventé las cosas que él tenía sobre el escritorio. Le pregunté: “¿Qué me hiciste la vez pasada?” No supo contestar, él tampoco entendía bien lo que estaba sucediendo.

Me dijo que tenía que hospitalizarme tres días, que no iba a ser fácil, que por ser para mí me cobraría cinco mil pesos. ¿De dónde sacaríamos el dinero? Apenas habíamos conseguido dos mil. No sabíamos qué era lo que nos agobiaba más, si lo que estábamos viviendo, o lo que nos esperaba después, ya que ese después podía ser la muerte. Ricardo preparaba la mentira para sacarme de mi casa tres días sin que se dieran cuenta de lo que pasaba, para mi papá yo era la señorita de la casa. En mi trabajo no había problema para faltar ese tiempo, podía mentir que me iban a operar de una hernia o algo así. ¿Cuántos tratamientos simulamos las jóvenes, tales como gastritis o úlcera, que no son sino fugas para abortar? Para los compañeros de trabajo o amigos casi siempre un embarazo no deseado, les decimos que es un dolor de estómago.

Nos dirigimos con mi tía la enfermera para ver qué opinaba acerca del bebé. Nos fue difícil encontrar el hospital donde ella laboraba; en un momento así todo se vuelve un caos, nada coordina. Al llegar, tuvimos que esperar, un paciente con quemaduras tenía prioridad. Llegó mi turno, al ver el ultrasonido, esa lámina que es una fotografía de la intimidad de la vida, una fotografía de lo más cercano a la gloria y al más cruel, como en mi caso, de los infiernos; ni mi tía ni sus compañeros médicos entendían lo que estaban viendo. Se escuchó de sus labios las posibles razones: “Tal vez no son compatibles genéticamente, tal vez al fecundar no era el momento, tal vez sin querer tomó algo que le hiciera daño, tal vez, tal vez y decenas de tal vez”. La verdad de esto la teníamos Ricardo y yo muy bien escondida.

Nos dieron un documento para ir a una clínica del Seguro, era urgente acabar con esto, teníamos que detener el desarrollo de este bebé, o este bebé terminaría conmigo. No había esperanza de vida para él, no había esperanza de dar marcha atrás y empezar de nuevo. Mi mamá me dijo muchas veces lo que podía pasar si no me cuidaba. Me lo decían los maestros en el colegio, lo leía en los libros, lo veía en las noticias, miraba el caso de algunas amigas. La escuela de la vida me decía en boca de todos: “Ten cuidado, analiza lo que haces”. Esta escuela me hizo un examen... y reprobé.

Llegué a casa, todos esperaban una mala noticia, notaban que algo me estaba pasando. Mi mamá intuía un embarazo, sólo esperaba que

lo confirmara. Al enterarse, ella vio por sí misma, por lo que diría mi padre, por lo que pensaría la gente. Sí, yo sabía que papá se iba a enfurecer, eso le preocupaba más que su propia hija. No lo podía creer, pero, ¿acaso no hice yo lo mismo con mi propio bebé? Intenté abortar la primera vez para salvar mi futuro y reputación. Mi madre estaba haciendo lo mismo que yo, es la ley de la sobrevivencia. El problema ya no era que estuviera embarazada, sino cómo iba a salir de todo esto. ¿Cómo se lo iba a decir a mi papá? ya que según mi mamá, me correspondía decirselo; por suerte papá no llegó en esos momentos. Comencé a sentirme mal, sentí contracciones y dolor. Entonces llegó mi hermano, le comenté lo que estaba pasando. Me apoyó totalmente, me dio un poco de amor, era lo que necesitaba, un poco de amor para continuar con mi irreversible aborto.

Los dolores se hicieron más intensos, se iniciaba el camino hacia el quirófano, hacia mi cadalso. Ya era de noche, entré por Urgencias, porque realmente era una urgencia. Comenzaron a tomarme los signos vitales. Una doctora me preguntó: “¿Qué haces aquí?”. Me respondía a mí misma que tal vez vine a pedirle una segunda oportunidad a la vida, una nueva, sólo una más. Lo que a ella le respondí fue: “No sé”. “¿Qué eres?”, preguntó nuevamente. “Soy licenciada”, respondí. Burlonamente dijo: “Pues a esta licenciada no le sirvió mucho el título”. Efectivamente así fue. ¿De qué me servía en ese momento una licenciatura cuando ni siquiera tenía el kinder en las materias de prudencia y cordura? Me dieron una bata color azul, el mismo color de mi vestido de graduación, ¿coincidencia? No sé, pero así es la vida. No había camilla, en una ciudad sobrepoblada hasta en las urgencias se hace fila. Ni qué protestar, era mi culpa, por mí estaba yo ahí. Por fin hubo una camilla. Llegó el que sería mi doctor, no entendía bien el ultrasonido, tuvo que llamar a otro médico, éste tampoco sabía bien lo que pasaba. Estoy segura que ellos han visto miles de estas placas, saben darle lectura fácilmente, sólo que esta vez los caracteres no formaban la palabra cabeza. Me dijeron: “Esta noche se va a quedar en observación, necesitamos una tercera opinión. De sobra entendí que no iba a ser fácil. Me pregunté si la vida da una segunda oportunidad. Me pidieron que tuviera paciencia, ellos me detallaron por lo que iba a pasar, yo lo sabía, estaba en camino a ello.

Ésa fue la primera noche en el hospital, cerca de la muerte, con llantos de niños y gemidos de dolor. Noche de pánico, a la expectativa de lo que pudiera pasar. Fue una noche muy larga. Tuve tiempo suficiente para arrepentirme y de implorarle perdón a todo el mundo.

Al día siguiente me hicieron un ultrasonido. De nuevo vi al bebé en el monitor, se movía. El doctor me dijo que se movía porque sabía que lo estaba viendo, a mí me dio la impresión de que quería escapar, porque sabía que lo íbamos a matar.

Mandaron llamar a Ricardo, tenía que firmar unos documentos para autorizar el aborto, como si la vida dependiera más de una firma que de un deseo. Cada vez era más evidente lo que se venía. Nos pasaron a la oficina de embarazos de alto riesgo.

El director nos puso al tanto de lo que ya sabíamos. Nos dijo que esto era como una lotería que nos había tocado a nosotros por un cruel azar. Ese director no sabía que esa lotería nos tocó porque habíamos comprado todos los números al realizarme un mal aborto. Nos pidieron autorización para estudiar más tarde al feto, querían saber qué era lo que había pasado. Una firma autorizaría hacer uso del bebé, firmamos.

Ese día fue de espera, esperar a ver qué pasaba, esperar no se qué, tal vez mi muerte. Por la noche los dolores se hicieron más fuertes, realmente me estaba doliendo. Parecía que la naturaleza me iba a hacer pagar caro mi error: la factura prometía ser muy costosa.

No sé qué me dolía más, si el cuerpo o el alma. En cada contracción estaba perdiendo algo de dignidad. Los médicos optaron por bloquearme para que no sufriera tanto. De nada servía, según ellos, era muy estrecha. Me pedían que me abriera más para que pudiera salir el bebé. Qué fácil hubiera sido para mí obedecer, sobre todo obedecer desde un principio a mi papá. Pero no podía hacer nada. Cada médico que pasaba me tocaba hasta el límite de la humillación, sentir sus manos casi me hacían llorar, no de dolor sino de rabia; me la tragué, ya que por mi culpa es que estaba en esa situación. Los dolores se hicieron insoportables, lloraba, gritaba, nadie me hacía caso. Llegué a pensar que no lo contaría. No quise ni parpadear, ya que en un parpadeo, pensé, podía morir. Grité casi toda la noche, un médico se acercó y me ordenó: “¡Ya

cállate escandalosa, estás armando un alboroto!” Olvidé que era mi culpa, que por mi error estaba así y lo insulté: “¡Hijo de tu pinche madre, ojalá estuvieras cinco segundos con mi dolor!” Miró mi expediente y preguntó muy espantado: “¿Por qué no te han bloqueado, qué es lo que está pasando?” Ni yo lo sabía, sabía porqué estaba así, pero no por lo que estaba pasando. El médico consultó a otro de sus colegas. Una enfermera les informó que estaba yo muy estrecha. Se enteraron de que ya llevaba mucho tiempo así, optaron por acelerar el proceso. Se acercó la enfermera, me explicó lo que tantas veces ya me habían dicho, ella sería la última: me dijo que era necesario matar al bebé antes de nacer, no era justo que naciera en tales circunstancias, que sería un momento de angustia para todos. Le inyectó algo más al suero y me avisó que me sentiría mareada, que si sentía desfallecer le llamara. El efecto llegó, me sentí mal. Percibí cómo el bebé se desesperaba, luchaba por su vida, la primera vez, aunque mal, ganó.

Esta vez sería diferente. Si la vida es dolor, este bebé estaba viviendo demasiado. Cada uno de sus latidos era un zarpazo de tigre en sus manitas, en sus piecitos, en su corazón. Luchaba en vano, era una guerra que tenía perdida, pero no se daba por vencido. De nuevo los cuatro mil millones de años de evolución se hacían presentes, ¿quería vivir! ¿Cómo podía explicarle que no podía nacer así? Me bloquearon, era necesario, no recuerdo las razones que me dieron. El bebé continuaba luchando por su vida. Me tocaba el abdomen y le decía que tuviera calma, que me perdonara, tal vez era demasiado tarde, pero le dije que lo amaba. Donde ponía mi mano el bebé se acercaba, parecía pedirme ayuda, tal vez quería estrechar mi mano. Me dio la impresión de que mis manos eran su última esperanza, con ello sé que me estaba diciendo: “¡Sálvame mamá, sálvame, no quiero morir!” pero ¿cómo consolar a alguien que sabe que va a morir? Quise dar marcha atrás, quise detenerlo todo, pero ya era demasiado tarde, en un suspiro... murió.

Sentí cómo de mí salía agua, me asusté. La enfermera me dijo que todo iba bien, que sólo se me había roto la fuente. La camilla escurría agua, después comencé a sangrar, de nuevo me dijeron que todo iba bien, que todo era normal. A mi lado había dos jóvenes practicantes de

enfermería. Una de ellas, al ver mi dolor me comenzó a acariciar el cabello con increíble ternura, tanta que me dieron ganas de decirle que no hiciera lo que hice yo. Aunque tal vez más tarde todos se darían cuenta de cuál fue mi error. Me llevaron al quirófano, me volvieron a bloquear y me indicaron que pujara para que saliera el bebé.

Fue inexplicable cómo salió de mí, sentí que era grande, sentí como si me vaciaran el alma, la vida. Una doctora tomó al bebé en sus brazos y me advirtió que no me lo iba a enseñar, y que tampoco me lo iba a dejar. Que solamente me despidiera de él. Me acercó el bebé, le di un beso, el beso de Judas. Con un beso lo entregaba a otro mundo, a ese mundo que todos los que estamos vivos nos negamos a ir, con un beso le dejaba en su cuerpecito todo el peso de mi error. La doctora me dio los datos de rutina, sexo, peso y medidas. Era niña, una mujer, una mujer como yo. Tal vez se iba a parecer a mí, a mi mamá, no sé, tal vez a Ricardo. La doctora me preguntó si la quería bautizar, respondí que sí. La llamé Diana porque su papá tenía en su cartera una lista con posibles nombres para sus hijos, el último nombre de la lista era Diana. Siempre lo que no deseamos lo ponemos al final de nuestros deseos. Ella fue una hija no deseada. Le di mi último beso con un suspiro.

Le entregaron la bebé a mi mamá, no fue posible dejarla para estudios. Se la dieron envuelta en una sábana dentro de una caja de cartón. Fue velada sobre la mesa de mi casa con una veladora a su lado. Antes de partir al panteón, Ricardo le dio la bendición a su hija, antes de enterrar bajo una cruz todo nuestro error.

Un día después Ricardo me dijo que contaba con todo su apoyo. Pero pasaron los días y Ricardo se alejaba de mí. Yo necesitaba de él, necesitaba contarle lo que sufrí, contarle la indignación que viví cuando los médicos me tocaban, decirle cuánto me humillaron con eso. ¿A quién más que a él podía comentarle todo esto?, pero él ya no estaba.

En nuestra última cita le pregunté que por qué ya no me llamaba, por qué ya no preguntaba por mí. Él me respondió: “Es que ya no me interesas”. Sentí que caía en un vacío, la sangre se recogió en mi corazón haciendo palidecer mi piel. Dijo que quería rehacer su vida. Para esto, la mía ya estaba desecha.

Le pedí su bendición, al empezar a dármela, lo abracé, le pedí, le rogué, le lloré que no me dejara, le dije que él era toda mi vida, que si hice lo que hice, fue por él. Porque lo amaba. Le hice saber que lo necesitaba para seguir viviendo. Le pregunté si no se había dado cuenta que él era toda mi vida. Su decisión ya estaba tomada, se fue. La que no se había dado cuenta, era yo.

¿Qué gané con todo esto? pocas cosas, pero entre ellas un amor muy grande por la vida y nuevas palabras para mi diccionario mental, palabras como: ontogénesis, embriopatías, vacuoextracción, fórceps, eclamsia, anaencefalía y una muy cruel, la más cruel de todas... esterilidad.

## EPÍLOGO

“Cada año 20 millones de mujeres interrumpen voluntariamente su gestación, y de cada tres embarazadas que cada minuto fallecen en el mundo, al menos una es víctima de un aborto mal practicado.”

O. N. U. 1999